

Nace un nuevo proyecto imperialista para América del Sur

# Del neofascismo al militarismo con participación civil

por René BASCOPE ASPIAZU

Por una razón aproximada a la de Pascal, que solía decir que los errores son en realidad exclusiones de elementos de juicio, pienso que nunca se insistirá demasiado sobre la incidencia del golpe militar brasileño de 1964 en el ámbito latinoamericano. Y más ahora que el ciclo político que inauguró parece haberse agotado, y que asistimos al principio de un nuevo ensayo de supervivencia de las clases dominantes de América del Sur.

Si bien 1964, en Brasil, significó el principio del militarismo como sustento del neofascismo y el final de lo que Vania Bambirra y Theotonio Dos Santos llaman con precisión el *capítulo del populismo*, no es justo olvidar que antes hubo dictaduras militares y civiles en el subcontinente. Pero con la nueva propuesta imperialista, puesta en marcha con la caída de Joao Goulart, quedó atrás la imagen casi mítica del tirano latinoamericano, tan bien rescatada por Carpentier, García Márquez, Asturias y hasta Roa Bastos. Es decir que el signo de las dictaduras antes de 1964 tenía más bien un carácter de improvisación política y por ello, muchas veces, incluso estaban sustentadas por algún tipo de consenso popular. Por otra parte, la falta de un proyecto concreto no definía los límites estrictos entre lo civil y lo militar, tal como se concibió a partir de 1964.

No en vano Richard Nixon había exclamado en ese momento: "ahora, donde vaya Brasil irá América Latina".

Sin embargo el entusiasmo de quien sería luego presidente de

EU no pudo avalar la culminación de ese proyecto a cuyo desmoronamiento asistimos hoy. La corrupción manifiesta del mandatario norteamericano en Watergate, y el miedo de Carter a haber ido demasiado lejos, son los símbolos más evidentes de que han fracasado los esfuerzos del imperialismo por solucionar aquello que el escritor Mario Miranda Pacheco llama "la crisis de poder" en América Latina, y que no es otra cosa que la incapacidad de las clases dominantes de generar un proyecto "estable" por su estado larvario y su patológica dependencia con respecto a los monopolios extranjeros.

El golpe militar brasileño de 1964 explica los regímenes neofascistas en Chile y Uruguay, a pesar de una supuesta "tradicción democrática" en esos dos países. Explica también el golpe militar en Bolivia, en 1964, y los golpes posteriores de reacomodo. Asimismo nos demuestra el viraje y la nueva composición del poder —por lo menos formalmente— en la dictadura paraguaya.

Argentina tampoco pudo sustraerse al nuevo proyecto militarista y neofascista, y tal como lo anota Marcos Kaplan, "en 1966 las clases dominantes del país estaban fascinadas por una *brasilización de Argentina*".

Indudablemente la influencia del militarismo brasileño en Perú, Colombia, Ecuador y Venezuela también se ha dejado sentir, aun cuando no de la misma manera que en los países arriba mencionados.

Por eso ahora es importante poner atención en el nuevo proceso brasileño, que consciente

del fracaso de un proyecto exclusivamente militar-neofascista, con prescindencia de todo sustento popular, busca sincretizar militarismo y populismo para estructurar una nueva propuesta, pero siempre dentro del contexto de las clases dominantes. El estrangulamiento de las economías nacionales y los peligros de una "radicalización de las masas" están obligando a Joao Figueiredo, a los militares uruguayos y argentinos, al ex presidente boliviano Hugo Banzer y aun a sectores del Departamento de Estado a proponer "nuevas soluciones" a la crisis de poder de América del Sur, particularmente. Ahí se insertan los vehementes llamados a participar en grandes "acuerdos nacionales" de "concordia".

A partir de los llamados a la "concordia", tanto de los representantes civiles de las clases dominantes como de los mismos militares, se empieza a gestar un nuevo proyecto imperialista. Ahora se empezará a hablar de "procesos revolucionarios" como el que llevan adelante "militares y civiles" en El Salvador, es decir Napoleón Duarte y la Democracia Cristiana.

En América del Sur, estos llamados empiezan a ser respondidos. Quizá como en una selva, de árbol, a árbol, aun sin verse, las expresiones políticas de las clases dominantes contesta: a los gritos de los militares y éstas llaman a su vez. La Democracia Cristiana y los partidos que nacieron de ella empiezan a jugar su rol, como en El Salvador. Pero ese es tema de otro artículo.